



E L D U E N D E V E R D E

# LA INVISIBLE NAVE DE LA NOCHE

Joan Manuel Gisbert

Ilustración: Dani Padrón



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro,  
existe un material con sugerencias didácticas y  
actividades que está a disposición del profesorado  
en nuestra web.*

© Del texto: Joan Manuel Gisbert, 2021  
© De las ilustraciones: Dani Padrón, 2021  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

1.ª edición, febrero 2021

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-698-8571-0  
Depósito legal: M-30892-2020  
Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

Joan Manuel Gisbert

**LA INVISIBLE  
NAVE DE  
LA NOCHE**

Ilustración: Dani Padrón

# Q U E R I D O L E C T O R

Vas a empezar a descubrir ahora algunos de los mejores cuentos y relatos de una buenísima narradora oral cuyo nombre es Berna.

Son historias antiguas y modernas, interesantes y asombrosas, acerca de magos, libros que hablan, desapariciones, misteriosas posadas, hechizos y encantamientos, mendigos que no son lo que parecen, castillos tenebrosos, personajes crueles y perversos... Y a través de esos relatos irá surgiendo una historia muy especial, inesperada y conmovedora, casi invisible al principio, y luego cada vez más intensa, que va a ser el corazón de la obra.

Creo que pronto vas a comprobar que tu imaginación es un buen lugar para dar vida de manera interesante a todo lo que contienen estas páginas.

No quiero extenderme más. Las historias del libro te están esperando. Y Senda, la muy joven protagonista que estará cerca de ti en todas ellas. Te deseo que pases muy buenos ratos a lo largo de esta obra y de todas las que leas de ahora en adelante.

Salud, y hasta siempre.

A handwritten signature in black ink, consisting of several loops and a long horizontal stroke extending to the right.

*A los narradores orales  
que siguen dando vida  
al antiguo arte de contar  
con la voz y la palabra.*

# 1

---

## UN PLACER A LA HORA DE ACOSTARSE

**UNA** DE las cosas que más le gustaban a Senda era escuchar cuentos y relatos a la hora de acostarse. Había sido uno de sus grandes placeres desde niña y, por aquel entonces, con diez años cumplidos, lo seguía siendo de manera especial.

Y ello era debido a que su tía Berna, la hermana de su madre, era una de las mejores narradoras orales del país. A través de su voz y su presencia, historias de toda clase cobraban una vida muy especial. Actuaba en muchos lugares, casi siempre con éxito.

Cuando Berna no estaba de viaje, la hora de acostarse era para Senda uno de los mejores momentos del día. Se instalaba en su cama, recostada, sin tumbarse, con la almohada en la espalda, y esperaba...

Había una luz muy suave en el cuarto. El ambiente, estaba silencioso y en calma. Todo invitaba a escuchar.

Berna entraba poco después, intercambiaba una sonrisa con su sobrina y se sentaba en una pequeña butaca que estaba cerca de la cabecera de la cama de Senda.

Respiraba despacio, cerraba los ojos para concentrarse y a los pocos momentos anunciaba el título del relato que le iba a ofrecer.

El de aquella noche fue:

*El teatro de magia más pequeño del mundo*



## 2

---

# EL TEATRO DE MAGIA MÁS PEQUEÑO DEL MUNDO

**B**ERNA EMPEZÓ enseguida a contar a media voz...

El Gran Sywgt, mago ilusionista único en la historia, se convirtió en leyenda no mucho después de haberse dado a conocer.

Motivos no faltaban. Era capaz de conseguir, ante los ojos asombrados de sus espectadores, apariciones, desapariciones, cambios, proezas y maravillas tan extraordinarias que muchos creían que era algo más que un artista de enorme talento. Pensaban que tenía poderes más o menos sobrenaturales; de otro modo, no le encontraban explicación a todo lo que era capaz de hacer en sus actuaciones.

Hacía brotar en el aire grandes flores de vivos colores, o puñados de ojos de cristal salidos de la nada, o abanicos decorados de manera preciosa, o bellas aves

desconocidas que volaban con deliciosa lentitud, o tantas otras maravillas... Y después todo aquello desaparecía y daba paso a otras apariciones igual de fabulosas.

De cajas o estuches que había mostrado completamente vacíos era capaz de hacer surgir piedras preciosas que emitían destellos de luz propia, o caracoles de oro que se movían, o pañuelos voladores casi transparentes que se anudaban y desanudaban en el aire, o tantas otras cosas inesperadas... que después se hacían invisibles y dejaban de existir. Era capaz de tal variedad de juegos, efectos y sorpresas que sería necesario mucho tiempo para mencionarlos todos.

Y también era algo único el teatro en el que actuaba. Se trataba del Teatro de Magia más Pequeño del Mundo.

Solo cabían allí cinco espectadores. Había cinco solitarias butacas que formaban una primera y única fila. Y no se admitía a nadie de pie. Nunca.

Sywgt ofrecía tres actuaciones al día. Las funciones duraban alrededor de tres cuartos de hora. Los afortunados espectadores salían asombrados. No podrían olvidar nunca lo que habían visto.

Para poder asistir a una de aquellas funciones había que reservar las entradas con cuatro o cinco años de antelación, y era muy difícil conseguirlas.

Pasado un tiempo, cuando al fin se conoció la causa oculta de todo aquello, la leyenda del Gran Sywgt



se transformó. Desde entonces se le admiró aún más que cuando actuaba como fabuloso ilusionista.

Fue él en persona, acompañado por varios destacados científicos, quien desveló la verdad.

Sus espectadores veían todo aquello sugestionados por sus extraordinarios poderes hipnóticos. En eso sí era Sywgt un portento, un superdotado como pocos. Sin que se dieran cuenta, hipnotizaba a las cinco personas que había en la diminuta sala y, dándoles intensas órdenes mentales y verbales, les hacía ver, como si lo vieran de verdad, lo que él quería que vieran.

Esa era la oculta razón por la cual solo podían asistir cinco espectadores a la vez. A pesar de sus excepcionales poderes hipnóticos, Sywgt no hubiese podido sugestionar de manera tan completa a un número mayor de personas al mismo tiempo.

Cuando acabaron aquellas funciones experimento, Sywgt, con su capacidad hipnótica aumentada, pasó a dedicarse a actividades científicas y médicas, ayudando a muchas personas.

Que se supiera, ninguno de los que habían asistido maravillados a sus funciones se enfadó o se sintió engañado cuando se supo la verdad. Al contrario, les pareció aún más extraordinario lo vivido: Sywgt había hecho posible su magia incomparable haciéndola vivir en la mente de cada uno de ellos.

# 3

---

## LA NIÑA QUE HABLÓ EN LA OSCURIDAD

**S**ENDA HABÍA escuchado la breve historia con atención. Una vez terminada, no tardó en quedarse dormida imaginando aquellas mágicas preciosidades.

Berna esperó unos momentos. Cuando vio que Senda ya respiraba como respiran los que duermen a gusto, se levantó de la pequeña butaca sin hacer ruido, le dio un beso muy suave, apagó la poca luz que había y salió sin hacer ruido de la habitación.

Aquello se venía repitiendo a menudo desde hacía más de dos años. Senda tenía desde tiempo atrás dificultades para conciliar el sueño. Si no estaba muy cansada a causa de lo que había hecho durante el día, le costaba dormirse. Tanto que se había convertido en un problema.

Se había probado casi de todo: pantallas, pantallitas, juegos, auriculares, suaves pastillas de

parafarmacia que pudiera tomar una persona de su edad, mirar fotos familiares antiguas, contar ovejas, contar aves y bastantes cosas más. Nada daba resultado más que por unos pocos días.

Leer le gustaba mucho si tenía entre las manos un libro que la cautivara, pero no la ayudaba a dormirse. Seguía leyendo y leyendo con la atención despierta hasta que la historia acabara, y eso le quitaba tiempo al sueño.

Al fin se vio que lo que la ayudaba de verdad a irse adormeciendo era escuchar, ya en la cama, cuentos, leyendas o relatos, antiguos o modernos, contados con voz tenue y sugestiva, que captasen su atención y crearan en su mente una especial atmósfera, como cuando era más pequeña. Así acababa durmiéndose de manera plácida y agradable, con sensación de bienestar.

Y eso lo conseguía su tía, y lo hacía con gusto. Su nombre artístico era Berna, La Voz de los Cuentos. Formaba parte de un grupo de narradores orales conocidos con el nombre de Los Cuentos Vivos. Eran todos muy buenos, pero Berna era la mejor. Y se lo reconocían.

Senda tenía pues muy cerca a la persona más adecuada para hacerla disfrutar de aquello que tanto le gustaba. Había dicho alguna vez que de mayor quizá intentaría ser escritora o contadora de cuentos,

o las dos cosas. Aquellos agradables momentos a la hora de acostarse eran también una preparación para llegar a serlo algún día, si lo seguía deseando.

Aurora y Nicolás, sus padres, estaban más o menos contentos y conformes con aquello, pero tenían algunas dudas. Por eso habían decidido consultar con un psicólogo, quien los escuchó con atención y luego dijo:

—A ese modo de ser de su hija no le corresponde ningún nombre de enfermedad, ni siquiera el de anomalía o posible dolencia. Es una singularidad, una manera especial de sentir y asimilar. Vivir de esa manera las historias que le cuentan no deja de ser un don y una forma de felicidad. Y, sí, puede que le sirva más adelante para llegar a dedicarse, si ella quiere, a alguna actividad relacionada con las palabras y el lenguaje.

A pesar de aquella opinión tan favorable, Aurora comentó, todavía algo preocupada:

—De pequeña, nunca le faltaba un cuento a la hora de acostarse. Al ir creciendo, ya no tan a menudo. Pero ahora, cuando tal vez sea ya un poco mayor para eso, se le ha convertido en una especie de necesidad.

Nicolás habló también:

—A ninguna de las amigas de su edad les pasa lo mismo. O se duermen enseguida, o se entretienen

con alguna de las muchas cosas que hay ahora hasta que les entra el sueño.

—Bastantes de esas cosas no son de lo más recomendable, y algunas hasta pueden ser perjudiciales —puntualizó el psicólogo—. Miren, lo de su hija no es un problema. Estén tranquilos. Y esos ratos son un alimento muy bueno para su imaginación y su crecimiento mental. A muchos otros les vendría bien si lo supieran disfrutar.

—¿Y si se va haciendo mayor y sigue igual? —preguntó Aurora.

—Irá cambiando, ya lo verán, pero cada cual ha de seguir sus procesos y caminos, y evolucionar y madurar conforme a ello. Es una de las claves del crecimiento personal.

Los padres de Senda salieron bastante tranquilizados de aquella consulta, aunque en el fondo seguían teniendo algunas dudas. La misma Berna también les había dicho muchas veces que no se preocuparan y que le encantaría seguir contándole historias a Senda mientras ella quisiera.

Berna vivía en el mismo edificio, pero en otro piso. Y, cuando no estaba de gira o tenía alguna actuación nocturna, nunca se olvidaba de acudir a la cita con Senda y los cuentos.

Su nombre artístico La Voz de los Cuentos estaba más que justificado. Tenía una voz pro-

funda y dúctil, capaz de muchos tonos y registros, siempre adecuados a la historia que narraba ante el público. Actuaba a menudo, en muchas ciudades.

Cuando estaba de gira, era Aurora, la madre de Senda, la que le contaba alguna vez los cuentos nocturnos. Pero Berna lo hacía muchísimo mejor, porque esa era la gran pasión de su vida.

Senda le había preguntado más de una vez a Berna:

—¿Cuántos cuentos te sabes?

—Pues no sé cuántos serán. Muchos y pocos. Unos largos y otros cortos. Parecidos y distintos. Modernos y antiguos. Alegres y tristes. De risa, de miedo y de todas clases. Y siempre voy descubriendo más. Unos vienen y otros van, como vienen y van los pensamientos.

—¡Oh, qué lío! —exclamó Senda, divertida—. ¿Y cuántos te has inventado tú?

—Unos cuantos, pero muchos vienen de otros tiempos, o son de ahora y los han creado otros escritores o narradores. Pero tú tranquila, porque con las palabras siempre podremos seguir creando historias que merezcan la pena.

Más de una vez en sus actuaciones, en especial cuando se lo pedían, Berna explicaba cuál creía que había sido una de las causas de su gran pasión

por narrar con la voz y la palabra. Lo explicaba con el título:

*La niña que habló en la oscuridad*

Yo tenía entonces ocho años. Varias clases de mi colegio habíamos ido de excursión a unos campos en los que había al fondo un antiguo monasterio en ruinas. Después de comer en la pradera, nos dijeron que podíamos jugar por aquellos campos, pero sin acercarnos para nada a las ruinas.

Todos hicieron caso... menos yo. Era muy curiosa y bastante atrevida; a veces demasiado, la verdad. Estuve un buen rato pensando en ir a curiosear un poco al monasterio. Y al fin me decidí a hacerlo. No le pedí a ninguna compañera que me acompañara para que no la castigaran por mi culpa si alguna profesora se daba cuenta.

Nadie vio que yo me iba hacia el ruinoso monasterio. Pensaba echar un vistazo y nada más, os lo aseguro. Una vez dentro me alegré de haber desobedecido. Aquello era lúgubre y misterioso, emocionante como el escenario de un cuento de miedo. No me hubiese extrañado mucho ver algún fantasma o espectro por allí.

Lo recorrí un poco más, con cuidado, sin meterme muy adentro. Estaba todo cada vez más oscuro..., me



estaba impresionando mucho. Pensaba ya en irme cuando, de pronto, el suelo crujió bajo mis pies, se abrió y caí en una especie de cámara oscura que olía a muerte. Había pisado una gran tabla de madera muy carcomida que se había quebrado de pronto. Una tremenda fatalidad. Podía haberle ocurrido a otro, pero me pasó a mí.

Podéis imaginar mi susto y mi pánico. A pesar de la poca luz que llegaba de fuera, pude ver que había ido a parar a una fosa, no muy profunda, pero de paredes lisas, resbaladizas al tacto, sin escalera ni hendiduras por donde subir. Sin ayuda, no podría salir nunca de allí. Por suerte, no me había roto nada en la caída, aunque estaba magullada y dolorida.

Lo primero que pensé fue que mis compañeros y la profesora se darían cuenta de que yo no estaba, y acabarían adivinando que me había metido en las ruinas y vendrían a buscarme. Con mis gritos les haría saber dónde me encontraba. Pero todo se volvió contra mí. Cuando faltaba poco para la hora de volver, se puso a llover furiosamente, lo que causó desconcierto y precipitación. Y, para colmo, la empresa de los autocares que nos habían llevado por la mañana envió otros más pequeños para recogernos, con lo cual la distribución de plazas por vehículo no coincidía y, con el chaparrón, el nerviosismo y las prisas, nadie se dio cuenta de que yo no estaba.

Cuando vi que pasaba el tiempo y nadie aparecía ni respondía a mis gritos y peticiones de ayuda, me fui desesperando más y más. Comprendí aterrada que se habían marchado sin mí. Se oía el fragor del aguacero y nada más.

Para no volverme loca de angustia, me dije una y cien veces que más pronto o más tarde iban a darse cuenta de mi ausencia y que volverían a por mí y me encontrarían.

Pero la espera, durara lo que durase, se me iba a hacer interminable. Pronto empezaría a anochecer y la escasa luz que me llegaba se convertiría en completa oscuridad.

Me puse a hablar en voz alta conmigo misma para tratar de calmarme.

«Al llegar al colegio se darán cuenta de que no estoy y vendrán enseguida en coche a buscarme. Muchísimo tiempo no pasará, pero un buen rato sí, y se me hará muy largo. Tengo que esperar sin inquietarme».

No fue nada fácil, pero el sonido de mi voz me hizo compañía y aquellos pensamientos me tranquilizaron un poco. Y después, por muy absurdo que os pueda parecer, cuando ya no sabía qué otra cosa decirme, me puse a contar en voz alta algunas de las historias que más me gustaban y mejor recordaba.

Hablaba en la total oscuridad de aquella fosa, como si me escucharan otras personas. Aquellas narraciones

ocuparon mi pensamiento y me quitaron parte de la angustia.

Pasó bastante tiempo, que me pareció muchísimo, pero al fin vinieron a por mí y me encontraron. Entonces me salieron a la vez todas las lágrimas. Abracé a mi padre como si no lo hubiese visto en mucho tiempo y me sentí como si estuviese naciendo de nuevo.

Y solo queda ya la conclusión final.

Aunque ha habido muchas otras razones para ello, creo que la primera semilla de mi pasión por contar brotó en aquella tarde de inquietud y oscuridad. Y todavía hoy, a veces, cuando estoy ensayando a solas, me gusta hacerlo a oscuras para que las palabras ocupen todo el espacio que tengo alrededor.



## EL DUENDE VERDE

Cuando llega la noche,  
Berna, una gran narradora  
oral de cuentos para todas  
las edades, le ofrece a  
su sobrina Senda relatos  
de su amplio repertorio:  
misteriosos, mágicos,  
sorprendentes,  
curiosos, inquietantes,  
antiguos y modernos.  
Y entre todos ellos fluye  
de manera casi invisible  
una historia secreta y  
dramática que llevará esta  
obra a sus momentos más  
emocionantes.

Edad recomendada  
para este libro:  
**A partir de 10 años**

ISBN 978-84-698-8571-0



[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1571228

**ANAYA**